

canciada por sus manos en las riberas del Jordán, sin más casa que las cavernas del desierto, vertiendo en su desnudez y en su miseria vivificadoras esperanzas, anunciando con su palabra de fuego la buena nueva; errante y nómada, cual aquellos pastores que traían la idea reveladora de los campos caldeos, personifica San Juan, en personificación brillantísima, su tiempo henchido de santas esperanzas y su generación de todo en todo mesianista. El Evangelio de San Lucas narra mejor que ningún otro Evangelio, con más extensión y con mayor seguridad, la historia del Bautista. ¡Cómo se conoce que aquella su narración está por completo á la sombra del templo judío trazada! La sinagoga inspiró su relato. Los caracteres todos sin excepción de los héroes israelitas reproducense y avivanse á una en la persona del precursor. Como Isaac, y como Sansón, y como Samuel, y como tantos otros de los grandes personajes hebreos, tócale nacer á San Juan Bautista de madre muy vieja, incapacitada por la edad para la generación, pero capacitada por el milagro. Cuando se le anuncia que suena la hora de tener un hijo, aquella mujer, denominada, como la esposa de Aarón, Isabel, no quiere creerlo. Mas para verdaderamente representar la tradición y la liturgia del judaísmo, necesitase que su padre tenga los años de Abraham, y su madre los

años de Sara, y su familia todos los caracteres conocidos en la familia de Isaac y de Jacob. Debe pertenecer por su nacimiento y por su estirpe al antiguo judaísmo ese precursor de la nueva idea.

IV

El Evangelio pone un grandísimo empeño en presentar los personajes primeros ó protagonistas de las escenas por él historiadadas en las mismas condiciones que los grandes personajes de la Biblia. El Nuevo Testamento completa en esto, como en otras muchas cosas, al Viejo Testamento. Parecen de rúbrica padres muy viejos para hombres muy grandes. Lo tardío de un fruto, desprendido lentamente de robusta encina, préstale sazón anticipada y madurez, que se burlan de todas cuantas deficiencias aquejan á la niñez humana y á la misma juventud. Consideran los santos autores bíblicos y evangélicos indispensable á los héroes, á los mártires, á los profetas, á los reveladores, una vida exenta de manchas, y por lo mismo libre de la debilidad á toda infancia congénita y de la pasión que acompaña y sigue á toda juventud. El más antiguo de los nacidos tarde se llama Isaac. Su historia trasciende á toda la historia de Juan. Los orígenes del Bautista se calcan sobre los orígenes

del patriarca. La misma duda que atravesó las almas de Sara y Abraham atraviesa las almas de Isabel y Zacarías. El viejo nómada caldeo no puede creer la venida indeclinable de un hijo al hogar de su ancianidad, y mucho menos que tal venida le traiga consigo la inmediata posesión de Canaán. Aturdido por la inesperada noticia, incrédulo á una felicidad puesta de súbito en sus manos, cuando angélicas visiones le sorprenden y sobrenaturales voces le hablan, pregunta con escéptico recelo y hasta con finísima ironía cuáles títulos acreditarían la propiedad prometida y en qué momentos podrá reivindicarla. Otra semejante historia encontramos en los libros eclesiásticos, la historia de Sansón. Para leerla no hay más que abrir en la Biblia el viejo libro de los Jueces y detenerse ante su capítulo décimotercero. Allí también se aparece angelical figura y habla de guisa igual que la notada en el divino Evangelio de San Lucas. Sólo una diferencia existe: mientras el evangelista cristiano refiere cómo el ángel se apareció á Zacarías y no á su mujer; por lo contrario, el historiador bíblico, refiriendo la generación de un héroe, refiere que se apareció á la madre y no al padre, á la esposa y no al esposo, el enviado celestial. Vivía en aquella sazón un hombre de la tribu de Dan, el cual se llamaba Manoa. Y este hombre tenía una mujer, aquejada por comple-

to de tristísima esterilidad. Y á esta mujer se apareció el ángel de Jehovah y le dijo cómo después de haber estado tanto tiempo de toda generación privada, veríase por su felicidad engendrando y pariendo un robusto hijo. Así le previno que no bebiera zumo ni de manzanas ni mucho menos de uva ó dátil, y no comiera manjar ninguno prohibido, pues las entrañas suyas debían apercibirse á llevar un hijo nazareo, es decir, un hijo consagrado al Eterno. Asombróse la mujer de tal relación, y corrió á depositarla en el pecho de su marido. Cayó éste á los pies del altar, una vez conocido el anuncio, y levantando al cielo sus ojos, pidió celestiales instrucciones respecto de aquella revelación. Y volvió á descender el ángel, pero no á la presencia del esposo, á la presencia de su mujer. Y ésta llamó á Moab, viendo así el matrimonio al enviado. Ambos á dos, marido y mujer, dudaron de igual suerte que Zacarías é Isabel. Y ofrecieron al ángel un cabrito, y el ángel declaró no merecerlo él, sino Dios. Y á este apercibimiento ó advertencia presentó el matrimonio en holocausto un cabrito á Jehovah, notando cómo entre las humaredas y llamas de tal sacrificio subía el ángel en su forma sobrehumana é increíble á las alturas, por todo lo cual creyeron los esposos y esperaron al prometido. En efecto, la mujer parió á los nueve meses

un hijo, y llamóle por nombre Sansón. De modo muy semejante á este nace también Samuel. Su madre Anna fué á su vez herida por la esterilidad y lo engendró y lo parió bien tarde. Así tuvo el evangelista San Lucas precedentes gloriosísimos en que fundar y establecer la narración evangélica de natividad tan milagrosa como la natividad de San Juan Bautista.

Corrían los tiempos del gran rey Herodes. El sacerdote Zacarías, descendiente de David, estaba casado con la vieja mujer Isabel, descendiente de Aarón. La sangre regia y la sangre sacerdotal de Israel habíanse fundido en aquel matrimonio. Pero inútilmente: la esterilidad los abrumaba. Esta desgracia de marrar á los fines matrimoniales, á la propagación de nuestra especie, desgracia grandísima en todos los tiempos y entre todos los pueblos, crecía de punto en Israel, donde se la tomaba por una maldición directa de Dios. Inútilmente Zacarías entraba, casi á diario, en el templo, por motivo y razón de su oficio, dirigiendo preces y presentando sacrificios á Dios. Los cielos estaban sordos á sus clamores, y ninguna piedad había en ellos para el desdichado sacerdote. Consumida la juventud, pasados los tiempos de la esperanza y del amor, acabada toda posibilidad de tener hijos, conformóse con pena Zacarías á la divina voluntad, y aguardó

con tristeza la hora de su ingreso en el seno de Abraham, sin esperanza de ver sus retoños al pasar de esta vida sobre nuestra implacable tierra. ¿Cuánto no se asombraría en el minuto de la súbita y no esperada revelación? Hallábase á la puerta del santuario atizando las luces del gran candelabro y poniendo en las cazoletas el incienso grato á Jehovah. La muchedumbre israelita se había quedado á la puerta, quizá por no ser aquella la hora litúrgica propia para penetrar en el templo. Solo Zacarías en aquel sacro sitio, una fascinación extraña posee y domina su espíritu; un sacudimiento cuasi epiléptico remueve y agita sus nervios; los ojos extáticos le salen de las órbitas, como atraídos por extrañas visiones; le zumban las orejas con voces verdaderamente sobrenaturales; un temblor, como el producido por frío tercianario, le asalta; y sus rodillas tiemblan, y sus manos se cruzan, y sus labios vibran, y todo el sér suyo se turba, como si le atrajeran los abismos y le azotaran las tempestades. En efecto, uno de aquellos arcángeles, pertenecientes á las jerarquías que ya los caldeos habían visto antes de Abraham en el cielo y copiado en sus monumentos, el arcángel Gabriel, murmura, embajador celestial, palabras increíbles en las orejas atónitas de Zacarías, palabras increíbles, porque le anuncian y le prometen un hijo. Y no solamente

le prometen un hijo, sino que añaden ha de venir con distinciones y privilegios aparte y singularísimos, magno en presencia de Dios, á misiones divinas llamado desde las entrañas maternas, capaz de tocar en el corazón á los israelitas y precursor de aquel en quien creerán los justos y se redimirán los pueblos. Un asomo de duda sobrecogió á Zacarías, y una socarrona sonrisa, proveniente de interior excepticismo, se dibujó en sus labios. Tal estado del ánimo disgustaba profundamente á los cielos. Jehovah y su ángel no podían tolerar que los mortales desoyeran sus palabras y dudaran de sus promesas. Mas llevó tan lejos la duda Zacarías, que fué osado á pedir prendas y á esperar seguridades ciertas del cumplimiento de aquellas palabras. A tal incredulidad se airó Dios como, según Isafas, también se airara en otros tiempos á la incredulidad terrible del rey Acáz. Así le castigó anunciándole que Asiria caería sobre su casa, y las moscas brotadas en los ríos del Egipto irían á todas sus matas, y las viñas donde había mil vides importantes mil sielos de plata se cubrirían de cardos, y los surcos de la siembra sólo servirían para pasto de los bueyes, y la saeta disparada por enemigo arco sólo se clavaría en el corazón de los incrédulos. No podía en este momento marrar justicia que no se interrumpiera ni un minuto; y Gabriel,

viendo la irremediable desconfianza del sacerdote, le condenó á temporal mudez. Y cuando, concluido este pródigo encuentro, vuelto Gabriel á los cielos, desde la derecha del ara de los perfumes, y tratando Zacarías, por su parte, de volver á su casa, al encontrarse con el pueblo inquieto por su larguísima tardanza, no pudo articular palabra. Encajábansele unos en otros los dientes; pegábansele uno á otro los labios; deteníasele como paralizada la lengua, y ni siquiera por señas expresaba su admiración y su asombro.

A los nueve meses había parido Isabel, su esposa, un hijo, á quien dieron el regocijado nombre de Juan. Entonces Gabriel desató la callada lengua del sacerdote y comenzó éste á cantar el cántico de alabanzas al Señor que aun se repite bajo las bóvedas sacratísimas de nuestras iglesias en las grandes fiestas litúrgicas. «Bendito, exclamaba como un pobre niño que balbucea sílabas de incipientes palabras, el Dios de Israel, porque visitó á su pueblo con voluntad resuelta de redimirlo, y volcó el cuerno de la abundancia en su cabeza, y lo extrajo del poder de sus enemigos, y le habló por la boca de sus sacerdotes, y le renovó las promesas dadas al santo Abraham, y le trajo misterioso niño á quien debían llamar profeta del Altísimo todas las generaciones, por llegado á disponer, y

apercibir, y aparejar las vías del Redentor, dando al pueblo conocimiento de su salvación, esclareciéndolo con el resplandor de su palabra, merced á la cual se tornaron fecundos los desiertos.» Veinte siglos han pasado ya desde que se compusieron tales cánticos. La crítica más adusta no puede negar que San Lucas escribió toda esta relación pocos lustros después de muerto Cristo; la doctrina del Salvador apenas había salido aún del radio dominado por la vieja sinagoga; y, sin embargo, cual visión profética de lo porvenir y como adivinaba Zacarías que aquel nombre de Juan debía representar por siglos de siglos la renovación y la esperanza. Bautistas llamarán todas las generaciones á los que preveen, á los que pronostican, á los que auguran, á los que adelantan y aperciben lo porvenir, ya sean flores de almendro, alboradas del día, cánticos de alondra, presentimientos del corazón, avisos y anuncios de la conciencia. Indudablemente Zacarías vió su hijo á la puerta de todas las iglesias, sobre las pilas del bautismo, cantado en el hermosísimo solsticio de verano por las más límpidas voces del planeta en siglos de siglos, surgiendo su figura en los cuadros de innumerables artistas inspirados, cristalizándose á su nombre y á su idea esos baptisterios como el de Florencia y como el de Pisa, en cuyas bóvedas resuenan eternamente melo-

días angélicas y por cuyas puertas esculpidas con maravillosas inspiraciones entra el espíritu de la Humanidad, regenerado con tal aliento y fuerza, que se cree dentro, por el total rescate de su primera culpa, dentro ya del Paraíso.

La historia tiene sus horas de providenciales creaciones; el espíritu sus momentos de revelación súbita. Cuando todo está preparado para una obra sublime, aparece como el artífice que ha de realizarla; cuando el artífice aparece, la conciencia y el corazón á una siguen como esclavizados su misterioso llamamiento. Por estos días de San Juan el dolor de Jerusalén, la ciudad santa, no es la desesperación; por lo contrario, aviva la esperanza; y la esperanza viva trae una fe ardorosa en la llegada misteriosísima del Mesías. Reuníanse los judíos en sus grandes festividades, y se comunicaban unos á otros estos consuelos supremos de su triste suerte. Ibanse hacia los desiertos, y tornábanlos fecundos al grito de sus oraciones y al riego de sus lágrimas. En la penitencia maceraban las carnes y disciplinaban los ánimos. De aquí, de tal estado, el ebionismo y el esienismo, la exaltación tanto del dolor como de la pobreza. Y de la exaltación así del dolor como de la pobreza el número de santos, que llenaban los caminos, siendo sus almas como los capullos donde se contenía el florecimiento uni-